

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 53

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ BUSTIÑA

EL SIGLO

Reservas necesarias

En un telegrama recibido ayer de Buenos Aires se dice que el Gobierno Argentino, al conceder el pase a la bula de Su Santidad nombrando al Padre Reginaldo Toro Obispo de Córdoba, se previene que debe reclamarse por la omisión en la bula de aquellas cláusulas que importan el reconocimiento del Patronato nacional que corresponde al Presidente de la República. Fácil es comprender, conociendo los antecedentes de la cuestión, cuales son las cláusulas que el Gobierno argentino echa de menos en la bula pontificia. Indudablemente la Santa Sede habrá omitido, como lo hace siempre en casos análogos, hacerse cargo y mencionar la presentación de eclesiásticos hecha por el Presidente de la República para proveer la vacante de la Diócesis de Córdoba.

Desde que la América española se hizo independiente y desde que como consecuencia de esa independencia surgieron al mundo las Repúblicas hispano-americanas, el Papa adoptó como regla de conducta desconocer en los Gobiernos de las mismas las facultades y prerogativas que en materias eclesiásticas ejercían los reyes de España.—Su Santidad sostuvo y ha sostenido siempre que el derecho de presentación para el nombramiento de los obispos lo tenían y ejercían los monarcas españoles en virtud de concesión especialísima de la Santa Sede; y que mientras el Sumo Pontífice no haga igual concesión a los Gobiernos americanos, no puede reconocer en ellos aquel derecho.

Ahora bien: no hay motivo para asegurar que en ningún caso estaría dispuesto el Papa a reconocer el derecho de Patronato en estas Repúblicas; pero es indudable que Su Santidad para conceder ese derecho, ha de exigir que los Gobiernos americanos celebren con la Santa Sede concordatos, en los que a su vez garanticen y aseguren a la Iglesia ciertos privilegios mucho más importantes que el derecho que adquirirían: privilegios que en los tiempos que corremos, y dada la actitud hostil a la sociedad moderna y a las bases de la misma en que se ha colocado la Iglesia, no pueden ser concedidos por las Repúblicas americanas.

Esta es la verdadera situación de las cosas en lo que atañe al nombramiento de los Obispos y al Patronato nacional.—Como la Iglesia tiene gran interés en evitar un rompimiento decisivo con las Repúblicas de este Continente, ha buscado un *modus vivendi*, en virtud del cual, sin renunciar a sus pretensiones, se prevea el nombramiento de los Prelados.—Este *modus vivendi* es el siguiente: Cuando ocurra la vacante de una Diócesis, el Gobierno de la República, que por su parte sostiene el derecho de presentación, presenta en efecto al Papa una terna de eclesiásticos, a fin de que Su Santidad nombre Obispo a uno de los tres.—El Papa hace el nombramiento en favor de uno de los presentados, expidiéndole la bula correspondiente; pero en vez de decir que lo nombra en virtud de la presentación hecha por el Gobierno, se desentien de ella y manifiesta que hace el nombramiento *mutu proprio*.

Indudablemente así lo habrá hecho la Santa Sede al nombrar Obispo de Córdoba al Padre Reginaldo Toro; y contra esa moción es contra la que hace sus reservas el Gobierno Argentino al dar el pase a las bulas del nuevo Obispo.

Hay quienes creen que sería fácil regularizar este estado de cosas celebrando un concordato con la Santa Sede.—No somos de este parecer. La práctica que ahora se sigue es muy tolerable y no ofrece graves inconvenientes, siempre que en cada caso que ocurra cuide el Gobierno, como ha cuidado ahora el Argentino, de hacer las reservas y salvaguardas necesarias para sostener su derecho.—Si en vez de esto se intentase recabar por medio de un concordato el reconocimiento de ese derecho por la Santa Sede, es bien seguro que las exigencias del Sumo Pontífice harían naufragar la negociación y temporizarían el estado de las relaciones entre los Gobiernos de las Repúblicas americanas y la Iglesia católica.

COMPANIA NACIONAL

Credito y Obras Publicas

Por acuerdo del Sindicato concesionario de la Compañía Nacional de Crédito y Obras Públicas, se comunica a los suscriptores que el número 16 del corriente se dará principio a la entrega de los resguardos de las acciones que a cada uno han correspondido en el prorrateo verificado.

Al hacer la entrega de los referidos

dos resguardos se cobrará el importe íntegro de dichas acciones.

Montevideo, Agosto 15 de 1888.
n. 2131 E. REUS.

Por acuerdo del Sindicato concesionario de esta Compañía, se anuncia al público que mañana 19, no obstante ser día feriado, permanecerá abierta la Oficina para el pago de las acciones y entrega de los resguardos.

Montevideo, Agosto 18 de 1888.
2054-ag.19.

HECHOS Y RUMORES

Los bohemios.—Se ha dado en llamar bohemios, indistintamente, a los emigrantes harapientos y desaseados que hablan idiomas extraños a nuestro cosmopolitismo.

Bohemios son esas gentes que no se sabe de donde vienen ni donde van; que no se vinculan a ningún suelo; que acampan al aire libre y explotan la mendicidad y la adivinación como principal industria, siendo secundarias las de remendar tachos y exhibir osos.

Esos huéspedes insociables, pendencieros, inclinados al hurto, no deben confundirse con los árabes,—que son cristianos, que tienen afectos y aspiraciones encuadradas en la civilización, y que aportan al país dinero é mercancías para contribuir al movimiento circulante en las poblaciones y en los campos en la venta de baratijas, a semejanza del inofensivo é infatigable *coyaca* que busca la vida con sus alforjas.

Es cierto que los árabes no brillan por su aseo personal,—ó mejor dicho, no brillaban, pues de algún tiempo a esta parte, por interés propio se van reformando en sus hábitos, a tal punto que hombres y mujeres dejan al llegar sus vestigios del traje nacional y buscan en nuestro Rastro piezas de ropa a la *dernière*, si bien no muy adecuadas a la estatura y a las formas.

No son elegantes, ni mucho menos. Pero son seres humanos, y, podemos añadir ateniéndonos a informes policiales, que la falta inocente de exterioridad les compensa una índole mansa, comprobada por la observación, así como también la ausencia de vicios y la honradez en los negocios.

¿Porqué expulsarlos? Pagan su pasaje y nada le piden al Estado. Pagan la patente, pagan los derechos aduaneros y se someten a todas las contribuciones y a toda intervención legítima de la autoridad.

En tales condiciones es monstruoso impedirles que desembarquen y desarrollen sus medios materiales, su actividad y su inteligencia.

Los árabes tienen según nuestras leyes el derecho de vivir, como los ciudadanos, como cualquier extranjero,—y no hay autoridad alguna que legalmente pueda arrebatárselo, a menos que por su cuenta y riesgo varía la letra y el espíritu de la Constitución de la República.

Italia y Abisinia.—Gran emoción ha causado en Italia (dice *La Tribuna Nacional* de Buenos Aires) el contraste sufrido en Massaua, por los auxiliares de las tropas italianas, los bachi-buzuks. Los abisinios que a pesar de no haber hecho las paces con los italianos, parecían desalentados, sometidos a la resignación del despojo de que eran víctimas, convencidos de la inutilidad de su resistencia, en el momento preciso en que Italia notificaba al mundo su expansión colonial por el lado de Massaua—arremetieron contra las fuerzas que guardan esa conquista y afirman su protesta con un hecho de armas que les ha sido favorable, que puede enardecerlos, devolverles el decado vigor y obligar otra vez a Italia a nuevas campañas, para sostener su bandera en aquella región.

Esta perspectiva es la que ha de haber causado emoción en Italia. Tiene esta elementos de sobra intelectuales y materiales para contener a los abisinios. Si no siempre, por muchísimo tiempo estos serán incapaces de contrarrestar el número y calidad de las tropas italianas que se les pongan al frente, ó les esperen detrás de fortificaciones. En la lucha de la fuerza por la fuerza los abisinios serán vencidos. Pero su constante resistencia impondrá a Italia grandes sacrificios. Tendrá que vivir allí sobre las armas. En vez de una conquista tranquila, aceptada, será una ocupación militar, bajo un clima inclemente para el extranjero; serán gastos no compensados; distracción de fuerzas en el exterior—cuando todas las naciones europeas las necesitan dentro de sí, para defenderse ó agredir,—según los acontecimientos previstos ó imprevistos, que de un momento a otro, puede presentar la política europea.

Por lo pronto la opinión clama porque se envíen refuerzos a Massaua. El honor nacional lo exige y nadie ha de oponerse. Enviada la primera expedición que tantos esfuerzos costó, cometido ese primer error, hecha la declaración que ha hecho la Italia, no puede volverse atrás. Tiene que apelar otra vez a las armas para

castigar ese contraste. Dejarlo impune sería revelar impotencia, dar alientos, ensoberbecer a los súbditos del rey Juan.

Estos razonamientos predominarán sobre cualesquiera otros. Por lo demás, las aventuras coloniales dan resultados idénticos. Se sabe cuando se pone el pie de conquistador, no se sabe cuándo podrá retirarse. Muchas veces es un contraste económico; el territorio adquirido no compensa los esfuerzos hechos, pero no importa, ahí está el honor nacional para compensarlo todo. Por eso es que en estos casos, la imprudencia de los gobernantes, suelen costarle muy caro a los gobernados.

La expedición en Abisinia fué muy combatida en Italia. Espíritus previsores aconsejaban se desistiera de ella por los peligros que entrañaba y los sacrificios que demandaría. No se les oyó; la empresa se llevó a cabo, y hoy esos mismos que protestaban ayer, repetirán sus consejos anteriores; pero no tendrán más remedio que aceptar las consecuencias inevitables del hecho, y serán de los primeros en pedir una acción enérgica en Massaua.

Y allá irán buques, tropas y caudales, y todo ello zaldará del bolsillo del contribuyente, ya recargado con las exigencias del insaciable presupuesto de guerra, que no tiene ni puede prever en el presente ni en el porvenir el límite que alcanzará, de tal manera tratan de superarse en armamentos las naciones europeas.

Estas perspectivas son las que han de haber conmovido la opinión en Italia, más que el hecho en sí de un contraste parcial de sus auxiliares los bachi-buzuks.

Descubrimiento de un veneno.—Un médico italiano ha enviado una curiosa comunicación a la academia real de los Lincei, de la que resulta que ha descubierto en la sangre de las anguilas la presencia de un veneno parecido al de las víboras.

Una anguila del peso de dos kilogramos contiene en su sangre bastante veneno para matar diez personas.

Sin embargo, para tranquilidad de los gastrónomos, debemos añadir que las anguilas no tienen, como la víbora, la boca dispuesta para inocular la ponzoña, la cual, por lo demás, queda sin efecto cuando se consume la anguila como alimento; primero, porque la ponzoña se destruye a una temperatura de 100 grados, y luego porque, como sucede con el veneno de la víbora, carece de acción sobre las vías digestivas.

Caso auténtico de longevidad.—Anuncian de Viena el fallecimiento en Makoff de un oficial polaco llamado Lubiez Kurkowski a la edad de ciento dieciséis años. Es este un caso de longevidad auténtico y que no admite duda.

Kurkowski nació en 1772, se batió como soldado a las órdenes de Kosciusko, fué oficial en la legión polaca que marchó con Napoleón a Moscow y se distinguió mucho en la revolución polaca de 1831, siendo ya entonces considerado como veterano.

En atención a ser Kurkowski el último superviviente del período en que Polonia fué un reino independiente, su muerte ha llamado grandemente la atención y han asistido a su funeral muchas personas de todos los puntos de Galitzia. En las esquinas de las calles de Cracovia y de Lemberg se habían fijado carteles con anchura negra anunciando la muerte del respetable patriota y reseñando sus hazañas.

La bala del fusil Lebel.—Nuevos y muy curiosos experimentos sobre los efectos causados por la bala del fusil Lebel, fueron hechos en Francia, en el hospital de Reims, en presencia del general de la Hayrie, de muchos oficiales y estudiantes de medicina.

A una distancia de quinientos metros, la cabeza de un cadáver fué enteramente deshecha, triturada, podría decirse, como si una explosión hubiera tenido lugar dentro de la misma cabeza. A mil metros la bala de dicho fusil atravesó cinco cadáveres colocados uno detrás de otro. Tirando a cinco metros sobre un pie, la bala destruyó la parte herida en un espacio de veinte centímetros.

Al contrario de los efectos benignos de las antiguas balas, las del nuevo fusil producen verdaderos estragos sobre los huesos que tocan. Estos son quebrados, hechos trizas, radicalmente, si se puede decir así; triturados a tal punto que la amputación parece impracticable.

A diversas distancias, se verificaron efectos terribles sobre los cuerpos que sirvieron para esas experiencias tan aterradoras como concluyentes.

Amarga ironía. En ese afán de matarse que predomina en la humanidad, ni a los muertos se les deja tranquilos!

Qué porvenir se les reserva a los vivos!

Propaganda y hechos.—Párrafos de un artículo inserto en *La Asociación Rural*:

Hay que poblar de arboleda maderable nuestra campaña, necesitamos millones de árboles, la mitad se los van a comer las hormigas, es verdad, pero la otra mitad se salvará y algo es

algo. ¿De dónde se sacan los árboles en condiciones bien equitativas de precio, ya que hay que dar el 50% a las hormigas?

Hay que hacerles formar grandes viveros, no con variedad surtida de nombres latinos—que desesperan al pobre estanciero que desea hacer un pedido—pero con 6 ó 8 clases de árboles forestales y otros tantos de frutales más recomendables, nada más, para no complicar mucho las cosas desde el principio.

En veinte cuadros de tierra puede hacerse maravillas en este sentido y sería cultivo y remunerador, aun vendiendo a bajo precio.

En viticultura, pedir a Chile un par de mil pesos de sarmientos de buenas clases, gastar oro tanto en los mejores sarmientos que se encuentren en el país y con ellos formar inmensos almácos y vender baratísimo. Cualquiera poco sirve para hacer y cuidar esos viveros y en 10 cuadros habría plantas para dar, prestar y ganar plata.

¿Y los fondos para todas estas misas? A eso vamos.

Que la Asociación Rural tome la iniciativa, pero que la tome firme. Nadie duda de la honorabilidad, competencia, espíritu de orden y economía—quizá demasiada economía—de la Rural.

El Gobierno que le deba servicios importantes y diarios, no podría negarse a garantizar un interés de 6 ó 7 por % sobre un capital máximo de \$ 250.000—que alcanzaría y sobraría, aun trabajando en terreno propio, para todo lo dicho y algo más.

Suponiendo lo peor, haría el Estado un pequeño sacrificio en obsequio de una empresa de grande aliento y vastísimos resultados, sacrificio reproductivo para la Nación, sin que haya necesidad de demeritarlo, hasta mencionarlo.

La Asociación Rural debería dirigir la empresa, emitir los títulos y empezar por dar el ejemplo suscribiéndose con la mayor parte de su fondo de reserva.

Creo que el capital se suscribiría todo sin dificultad, dando facilidades para el pago y demostrando a los estancieros y rurales, y también a los que no lo sean, con datos positivos, que sería una buena colocación de dineros desde luego y una oportunidad de resarjar las razas y poblar los campos de arboleda y viñas en condiciones excepcionales de precio y facilidades; vendría a ser una verdadera Sociedad Cooperativa Rural.

La Sociedad Vitícola Uruguaya, sin garantía de interés y con operaciones limitadas, suscribió su capital en 15 días, no debe pues razonablemente dudarse del éxito de esta iniciativa.

El Gobierno y las Cámaras no han de negarse a garantizar ese capital en nuestro país, cuando vemos a la vecina Provincia de Entre-Ríos garantizar el 7 % de interés sobre un capital de \$ 500.000 a una sociedad de viticultura.

Además, el Gobierno que cedió a la Rural la Escuela—por darle un nombre a la casa de Toledo—deba prestarle su concurso para llevar a delante los trabajos, y nada más modesto puede pedirse que una garantía de interés.

Como digo, la Asociación Rural debe cambiar su ruta y tomar una vigorosa iniciativa práctica; el tiempo de la propaganda solamente ha pasado, esto es por lo menos mi sincera opinión.

Federico R. Vidiella.

Lotería de San Luis.—Sábese telegráficamente que en el sorteo efectuado ayer de la lotería de la Beneficencia de San Luis «Agentes Unidos» tocaron los premios mayores en los números siguientes:

6748 con 10.000 pesos; 12670 y 11512 con 500 pesos; 12946, 7660 y 9854 con 200 pesos; 12514, 5176, 12353, 10145 y 8558 con 100 pesos.

Terminaciones de 100 pesos cada una: 1748, 2748, 3748, 4748, 5748, 7748, 8748, 9748, 10748, 11748 y 12748.

Noticia hípica.—Abiertas anoche las propuestas para las carreras que se efectuarán en los primeros días de Setiembre, en el Hipódromo Uruguayo del Este, podemos hoy comunicar que en esa fiesta hípica entrarán en juego caballos de primera fuerza, entre los que se cuentan algunos que han obtenido varios premios en Marroñas.

El programa quedó coordinado de la manera siguiente:

Premio Despedida—Colon, Biscochero, Turco, Hugonote, Travieso, Censor, Zapó, Chico, Premio Prisionero—Juez, Gioconda, Margot, Mme. Recamier, Prince Louis.

Premio Abel—Biscochero, Juez, Siete Pelos, Raro, Peregrino, Lock-Ley, Ignatus, Frou-Frou, Aramis.

Premio Dragon—Tribuna, Júpiter, Noblesse, Ignatus.

Premio Política—Whiteley, Vandaló, Mascote.

Cambio de itinerarios.—Desde el mes corriente los itinerarios de los paquetes de las «Messageries Maritimes» han sido modificados de la manera siguiente:

LÍNEA DIRECTA

Salida de Burdeos el cinco de cada mes con escala a la ida como a la vuelta a Lisboa, Da-

de procederé á la venta de esta gran propiedad, con frente á las calles Rivera, esquina Defensa números 204 y 205 á la primera 68, 60 y 62 á la segunda con un hermoso frente á las dos calles, actualmente produciendo gran renta, aguas corrientes, aljibe, letrina con caño maestro á las dos calles. La edificación que existe es mucha y se encuentra en buen estado y fácilmente puede reformarse haciéndose un soberbio edificio. Las líneas de trenvía del Este y de los Pocitos pasan por sus ventos.

Llamo la atención de la gente de plaza y de gusto sobre esta valiosa propiedad, perfectamente ubicada y que por sus espléndidos frentes á dos importantes calles se recomienda como una especialidad.

El mejor postor consignará 300 pesos en garantía de su oferta. Por otros detalles ver alreanador, Uruguay número 232.

Francisco Piria VALIOSO LOTE A PLAZO LA QUINTA PARTE AL CONTADO Y lo restante á 60 meses de plazo EL INTERÉS DE PLAZA EN EL CENTRO DE LA CIUDAD NUEVA 1250 varas MAGNÍFICO SOLAR 25 por 50

Rodeado de población de primer cartel—
El único lote sin edificar en toda la ciudad—Terreno aparente para tener un palacio, una fábrica, un taller, ó establecer cualquier manufactura en gran escala.

Debo de prevenir que en el centro de la ciudad de Montevideo no se encuentra un terreno tan aparente, central y con la miserable base de venta de

7 pesos vara
Después de dicho esto, es decir, la base de la venta hay que agregar:

7 pesos vara como base de venta por un terreno en el centro de la capital de la República, es la última palabra en materia de sacrificios de propiedades.

El domingo 19 del corriente

A las 4 en punto de la tarde, venderé este precioso terreno compuesto de 25 varas de frente por 50 de fondo en un lote solo dividido en 2 de 12½ por 50, al gusto y conveniencia de los interesados.

Situado en la calle del Durazno entre Y y Cuareim. Frente al Norte y al lado de la esquina.

Titulos de primer orden á satisfacción de los interesados. Si los compradores no tuvieran todo el dinero podrán pagar la quinta parte al contado y el restante en 60 meses de plazo, abonando el interés de plaza que se estipulará en el acto del remate.

No olvidarse que es el domingo 19 del corriente, á las 4 de la tarde.
El comprador entregará 100 pesos al recibir el boleto.
Por detalles é informes: oficina de "La Industrial", calle Treinta y Tres núm. 216. 2053-ag.3.

Agosto 18

FOLLETIN

5

P. HEYSE

LA JOVEN TREPPI

(TRADUCCION DEL ALEMAN)

Cuando por fin llegó á la altura con su carga, cayó ella también rendida, y permaneció algunos instantes desmayada; pero en breve se puso en pie y corrió hacia la cabaña del pastor; cuando estuvo cerca de ella, comenzó á dar voces que resonaron en el valle. Primeramente solo el eco respondió, y después una voz humana. Fenicia llamó de nuevo y se volvió sin esperar respuesta; recogió aquel cuerpo sin vida y le llevó á la sombra de la roca donde se sentó, esperando á que llegaran los auxilios.

Allí estaba todavía cuando recobró el uso de sus sentidos, y abrió los ojos por primera vez. Vió á su lado dos pastores, un anciano y un mozo de unos diez y siete años, que le arrojaban agua á la cara y le frataban las sienes.

Su cabeza descansaba suavemente; no sabía qué estaba sobre las rodillas de Fenicia.

Filippo parecía haberla olvidado completamente. Lanzó un suspiro que la hizo estremecer de pies á cabeza; y cerró de nuevo los ojos. Por fin dijo con una voz entrecortada:

—Que vaya uno de vosotros á Pistoya, pero pronto... porque me esperan... La misericordia divina recompensará al que diga á la posadera de la *Fortuna* en qué estado me encuentro. Me llamo...

Aquí le faltó la voz, y de nuevo perdió el conocimiento.

—Yo iré, dijo la joven, y entre tanto le llevaré á Treppi y le pondré en la cama que os mostrará la Nina. Que llame á Chiaruccia para que la ayude. Tú, Tammaso, levántale por los hombros, y tú, Bippo, por las piernas... y cuidado con ir de prisa. Cuando suba, Tammaso irá delante. Además, mojareis este paño en el agua, y se le pondrá sobre la frente. Le remojareis en cada manantial; ¡habéis comprendido?

Desgarró el ancho pañuelo de hilo blanco que llevaba en la cabeza, mojó una tira de él en el agua, y la ató sobre la ensangrentada cabellera de Filippo.

Los hombres le llevaron á Treppi.

La joven, después de haberles seguido con los ojos animados con una expresión sombría, bajó con rapidez los tortuosos senderos de la montaña.

Serian las tres de la tarde cuando Fenicia llegó á Pistoya.

La posadera de la *Fortuna* se encontraba á poca distancia de la población; y como era la hora de la siesta, se hallaba poco frecuentada.

A la sombra de la casa había carros sin sus tiros, y los carreteros dormían; en la fragua que estaba enfrente se hallaba suspendido todo trabajo, y ningún soplo de viento pasaba á través de las ramas cargadas de polvo de los árboles que había á la orilla del camino.

Todo estaba sumergido en el silencio mas profundo, excepto la fuente, cuya agua caía bulli-

ciosa en un ancho pilón; Fenicia se acercó y se refrecó el rostro y las manos; luego bebió lentamente y mucho para apagar la sed y el hambre á un tiempo, y entró en la posada.

El posadero medio dormido se levantó del banco en donde descansaba, pero se volvió á tender cuando vió que era una moza de la montaña quien le había incomodado.

—¿Qué buscas? le preguntó con dureza; si quieres comer y beber entra en la cocina.

—¿Sois el posadero? preguntó ella.

—Me gusta la ignorancia; como si no fuera yo bien conocido. Soy Baldassare Fizzi, amo de la *Fortuna*. ¿Qué me traes?

—Un recado del signor avvocato Filippo Mannini.

—¿Ah! eso es otra cosa.

Y se levantó precipitado. Luego continuó diciendo:

—¿Porqué no ha venido él? Hay aquí unos señores que le esperan.

—Llévadle adonde están.

—Pero no puedo yo saber lo que hay que decirles?

—No.

—Está bien, hija mía, está muy bien; cada cual tiene sus secretos. ¿Con que no viene?... Pues no agradecerá la noticia á esos señores, que parece tienen que arreglar con él asuntos importantes.

Y se calló mirando de reojo á la joven, pero como esta no parecía dispuesta á confiarse á él y antes bien se dirigía hacia la puerta, tomó su sombrero de paja y salió con Fenicia encogiéndose de hombros.

Atravesaron una pequeña huerta que estaba detrás del corral, el visjo haciendo exclamaciones y preguntas, y la joven sin salir de su silencio.

En el fondo de la huerta había un pabellon oculto cuyas ventanas estaban cerradas, y detrás de su puerta-vidriera había una cortina.

El posadero dijo á Fenicia que se detuviera á algunos pasos de distancia, y se acercó solo á la puerta que se abrió en cuanto él hubo llamado. Fenicia observó que movían la cortina y que la miraban.

Un instante después volvió á salir el posadero y la dijo que podía entrar en el pabellon.

Cuando se presentó, un hombre que estaba sentado de espaldas á la puerta se levantó, y clavó en ella una mirada rápida y escudriñadora.

Sobre una mesa había una botella y algunos vasos.

—¿El signor avvocato no viene como lo había prometido? preguntó uno de ellos; ¿quién eres, y qué pruebas traes de tu encargo?

—Soy una joven de Treppi; Fenicia Castaneo; en cuanto á pruebas, no tengo otras que mi sinceridad.

—¿Por qué no viene el signor avvocato? Le creíamos hombre de honor y de palabra.

—Lo es; pero se ha caído de lo alto de una roca y se ha herido en la cabeza y en la pierna, de modo que había perdido el conocimiento. El que preguntaba miró con mucha atención á los demás, y luego continuó:

—Mal urdes las mentiras, si ha perdido el conocimiento, ¿cómo ha podido enviarte aquí á decirnoslo?

—Recobró un instante el uso de la palabra; y dijo que le esperaban en la *Fortuna*, y que quería mandar un recado para que supieran lo que le había sucedido.

Uno de los presentes se echó á reír con una risa irónica:

—No podemos creerle; es verdad que es mas fácil hacer el poeta que el hombre de honor.

—Si eso quiere decir que Filippo no ha venido por cobardía, es una mentira infame por la cual os castigará el cielo, exclamó Fenicia irritada y mirando á los tres hombres.

—No te enfades, mozueta, exclamó el que llevaba la palabra; sin duda eres tú la amigueta del signor avvocato... y...

—No, la Madonna lo sabe, respondió Fenicia con una voz profunda.

Los hombres hablaban en voz baja, y ella oyó á uno de ellos que decía:

—El nido está aun en Toscana.

—Supongo, dijo otro, que no caéis en el lazo; tanto está él en Treppi como yo...

—Venid á verlo, interrumpió Fenicia cortando su conversación; pero si os guío yo, será con la condición de que no llevéis armas.

—¿Qué loca eres! exclamó el primero que había hablado; ¿crees que podemos atender á la vida de una muchacha tan linda como tú?

—No, pero atentareis contra la suya.

—¿Tienes que ponernos otras condiciones, Fenicia?

—Si, que os acompañe un cirujano; ¿está ya entre vosotros?

No obtuvo contestación, y los tres hombres acercaron sus cabezas.

—Cuando llegamos andaba por ahí; es regular que no se haya vuelto al pueblo, dijo uno de ellos saliendo del pabellon.

Y poco rato después volvió con un cuarto personaje que parecía un extraño entre ellos.

—¿Tendréis la bondad de venir con nosotros hasta Treppi? preguntó el que llevaba ordinariamente la palabra; en el camino os diremos lo que hay que hacer.

El otro inclinó la cabeza sin responder, y todos salieron del pabellon.

Al pasar por delante de la cocina, Fenicia tomó un pedazo de pan y comió algunos bocados; luego tomó la delantera en direccion á Treppi.

En todo el camino no fijó su atención en sus compañeros que iban hablando juntos con mucha animación, pero apretó el paso cuanto pudo, y jamás de una vez debieron ellos hacerlo para no perderla de vista.

Entonces Fenicia se paraba y con la mano puesta sobre su corazón lanzaba en su derrador una mirada desolada. La había anochecido cuando llegaron á la altura.

La idea de Treppi no parecía estar mas animada que de costumbre. Unicamente algunas

cabeceras de niños azomaron á las ventanas, y algunas mujeres salieron al umbral de las puertas cuando pasaron Fenicia y sus compañeros.

La joven no habló á nadie, ya haciendo con la mano un saludo á los vecinos se acercó á su casa. A la puerta había un grupo de hombres que estaban hablando, algunos caballos cargados y varios contrabandistas que iban y venían.

Cuando llegaron los forasteros, todo el mundo se calló, y los hombres abrieron paso. Fenicia dijo algunas palabras á Nina, y luego abrió la puerta de su cuarto.

Entonces se vió á favor de una escasa claridad al herido que estaba en la cama; junto á él estaba sentada en el suelo una mujer de Treppi.

—¿Cómo sigue, Chiaruccia? preguntó Fenicia.

—Bien; alabada sea la Madonna, respondió Chiaruccia mirando de pies á cabeza á los hombres que habían entrado.

Filippo se despertó sobresaltado de un sueño febril; su rostro estaba encendido como un ascua.

—¿Eres tú? preguntó.

—Sí, he traído al hombre con quien debíais batiros, para que se convenza de que os era imposible salir de aquí. También viene un cirujano.

Las miradas del enfermo vagaron sucesivamente por aquellos rostros desconocidos.

—No está ahí, exclamó; no conozco á ninguno de esos señores.

Cerraba los ojos después de haber dicho esto, cuando aquel que llevaba la palabra se adelantó diciendo:

—Basta que os reconozcamos, señor Filippo Mannini. Tenemos orden de prenderos. Se han cogido cartas escritas por vos, y se sabe que no veníais á Toscana solo para batiros, sino para entenderos con ciertas sociedades que deben ayudar á vuestro partido en Bolonia. Teneis en vuestra presencia al comisario de policía, y he aquí mis instrucciones.

Y diciendo esto sacó un papel y le enseñó á Filippo. Pero este después de haber mirado sin que pareciera que había comprendido, volvió á caer en su letargo.

—Mirad las heridas, signor dottore, dijo el comisario al facultativo; ha visto fuera unos caballos cargados de contrabando, y los embargaremos, haciendo á la vez dos actos de justicia. Buenos es que al fin se sepa que personas vienen á Treppi.

Mientras hablaba así y el cirujano visitaba á Filippo, Fenicia había desaparecido.

Chiaruccia continuaba sentada y hablando en voz baja.

Fuera se oían voces y mucho ruido de pasos.

—Se le podrá trasportar cuando se hayan doblado sus apósitos, dijo el cirujano; pero se curaría mas pronto si le dejan aquí al cuidado de esta vieja cuya ciencia en lo que toca á la virtud de las plantas avergonzaría á los doctores mas sábios. La calentura puede matarla en el camino, y yo no quiero cargar con ninguna responsabilidad, señor comisario.

—Es inútil, respondió el otro; poco nos importa que se muera. Arreglad los apósitos como querais, y luego en marcha. Hace buena luna y tomaremos un guía. Entre tanto, Molza, salid á tomar los caballos.

El esbirro á quien se dirigía esta orden abrió rápidamente la puerta del cuarto para salir, pero se quedó petrificado al ver un espectáculo singular. La sala estaba llena de pastores, y á su cabeza se hallaban dos contrabandistas.

Fenicia les hablaba aun cuando se abrió la puerta; entonces se colocó en su umbral, y dijo con mucha energía:

—Salid de aquí al instante y sin el herido, ó jamás volveréis á Pistoya. La sangre no ha corrido nunca en esta casa desde que yo mando en ella, y quiera la Madonna que siempre sea lo mismo. No trateis de volver con nuevas fuerzas; acordaos del paso de la escalera en la roca, y pensad que un niño podría defenderle arrojando las piedras que están á su orilla. Allí pondremos un centinela hasta que el enfermo esté en seguridad. Ahora podeis marcharos, y podeis lisonjearos de haber engañado á una mujer y de haber querido asesinar á un hombre herido.

Los esbirros se iban poniendo pálidos á medida que hablaba Fenicia, y hubo un silencio general cuando pronunció las últimas palabras. Luego los tres á un tiempo sacaron pistolas del bolsillo, y el comisario dijo con la mayor sangre fría:

—Venimos aquí en nombre de la ley; si no la respetais vosotros, ¡impedireis á otros que la ejecuten! Si nos obligais á emplear la fuerza, vuestra rebelion puede costar la vida á seis de entre vosotros.

Un murmullo sordo salió del otro grupo.

—Silencio, amigos míos, dijo Fenicia con resolución, no se atreverán á nada. Hablaís como un insensato, dijo después al comisario; el miedo escrito en vuestras frentes os aconseja la prudencia. El camino está libre, señores.

Y señalaba la puerta de la casa.

Después de haberse consultado un instante en voz baja, el comisario y los esbirros se decidieron á atravesar por en medio de la muchedumbre irritada que los acompañaba con maldiciones, cuyo ruido iba creciendo siempre.

El cirujano no sabía si debía seguirlos, pero se resolvió á ello, á un ademan imperioso de la joven.

Medio incorporado en su cama, el enfermo había seguido todos los pormenores de esta escena con ojos atónitos.

Chiaruccia se acercó entonces á él para arreglar las almohadas.

—Quietó, hijo mío, le dijo, no hay peligro alguno; dormid un poco, Chiaruccia vela, y nuestra Fenicia cuida de vuestra seguridad. Dormid, hijo mío.

Y le durmió como á un niño con cantares mo-

nótonos. Pero en sus sueños conservó el nombre de Fenicia.

Filippo permaneció diez dias en la montaña al cuidado de Chiaruccia. Pasaba las noches con tranquilidad, y durante el día respiraba sentado delante de la puerta el aire puro y disfrutaba de la soledad.

En cuanto se halló en estado de escribir, despachó un mensajero á Bolonia con una carta, cuya respuesta recibió al otro día. ¿Era buena, ó mala? Nadie pudo saberlo por la expresión de su rostro.

Exceptuando á Chiaruccia y á los muchachos de Treppi, con nadie hablaba, y solo veía Fenicia por la noche cuando se ocupaba en sus faenas cerca de la lumbre, pues al amanecer salía y permanecía todo el día en la montaña.

Sin embargo, no tenía esta costumbre anteriormente, como él lo había sabido por casualidad; pero aun los ratos que estaba en casa no hallaba ocasión para hablar con ella.

Parecía como que ignoraba su presencia; habríase dicho que no había cambiado nada de su vida antigua; pero sus facciones parecían de mármol y sus ojos estaban como muertos.

Un día Filippo, seducido por el buen tiempo que hacía, se había alejado de la casa mas que de costumbre, y sintiendo por primera vez que renacían sus fuerzas, había comenzado á subir una cuestecilla, cuando hé aquí que en un recordo del peñasco se llegó á ver de repente en presencia de Fenicia, que estaba sentada en el mazo cerca de una fuente.

Fenicia estaba hilando, y parecía hallarse sumergida en hondas reflexiones.

Al ruido de los pasos de Filippo levantó la cabeza, pero sin decir una palabra y sin cambiar de expresión; se levantó, recogió su labor, y desapareció inmediatamente.

A la otra mañana acababa Filippo de levantarse y sus primeros pensamientos eran para ella, cuando la puerta se abrió y entró Fenicia.

La joven se detuvo en el umbral, y le dijo friamente haciendo un ademán para que no se acercara á ella:

—Estais curado ya, y Chiaruccia me ha dicho que teneis las fuerzas suficientes para viajar á caballo haciendo las jornadas cortas. Mañana saldreis de Treppi y no volveréis nunca.

—Lo prometo, Fenicia... con una condicion.

Fenicia se calló.

—Y es que te vendrás conmigo, exclamó él con una fuerte emoción no contenida.

En el rostro de la joven se pintó la expresión de una ira sombría, y dijo poniendo su mano en el picaporte de la puerta:

—¿Cómo he merecido yo esa burla? Pido una promesa sin condicion, y la espero.

—¿Con que me rechazas después de haber infiltrado hasta en la médula de mis huesos tu hechizo de amor? ¿Después de haberme hecho tuyo para siempre, Fenicia?

La joven meneó lentamente la cabeza, y exclamó con un acento sombrío:

—No hay ya ningun hechizo entre nosotros; habéis perdido sangre antes de que pudiera hacer operación, y el hechizo perdió su fuerza. Me alegro, porque hice muy mal. No hablemos mas de asunto. Decidme que os marchareis; pondré á vuestra disposición un caballo, y un guía.

—Si aquel hechizo perdió su fuerza, sin duda hay otro que la tiene y muy grande, otro contra el cual nada puedes tú... así el Señor me tenga en su gracia.

—¿Silencio! interrumpió Fenicia, á tales palabras estoy sorda. Si creéis que me debéis algo y si teneis compasion de mí, partid y estarémos pagados. No penseis que esta pobre cabeza no puede aprender nada. Sé ahora que el hombre no se compra ni con servicios miserables que hace todo el mundo, ni con siete años de espera que ya no tienen valor alguno delante de Dios. No os llevéis la idea de haberme hecho desgraciada; al contrario, me habéis curado. Idos, y recibid mis gracias.

—Respóndeme delante de Dios, gritó Filippo fuera de sí y acercándose á ella; ¿te he curado tambien de tu amor?

—No, respondió ella con firmeza; ¿por qué me lo preguntais? Mi amor es mío, no teneis sobre él ningun derecho, ninguna influencia; ¡partid!

Y al decir estas palabras retrocedió hasta fuera del cuarto; en el mismo instante Filippo se arrojó á sus pies, y abrazaba sus rodillas.

—Si lo que dices es verdad, exclamó Filippo en el colmo de la desesperación, sálvame, acéptame, recíbeme á tu lado, ó esta cabeza que por milagro ha podido preservarse, se hará mil pedazos con este corazón que tú rechazas. El mundo está vacío para mí; mi vida está á la disposición de mis enemigos; desterrado de mi antigua y de mi nueva patria, ¿qué necesito vivir si debo tambien perderla?

Alzó á ella sus miradas, y vió torrentes de lágrimas que brotaban de sus ojos.

Su rostro seguía inmóvil; luego respiró con fuerza, sus ojos se abrieron, sus labios se agitaron sin pronunciar una palabra.

Parecía que había renacido en ella la existencia.

Se bajó á él y le levantó con fuerza.

—Eres mío, exclamó temblando, yo quiero ser tuya.

Cuando amaneció al día siguiente, Filippo y Fenicia iban por el camino de Génova, adonde él había pensado retirarse para evitar las persecuciones de sus enemigos.

El hombre alto y pálido montaba un caballo de paso seguro que Fenicia llevaba de las riendas.

Por ambos lados se veían las alturas y los hermosos valles de los Apeninos en todo el esplendor del otoño.

Las águilas cruzaban por los abismos; la mar brillaba á lo lejos, y sereno y brillante como el mar se extendía delante de ellos el porvenir.